

EL GENERAL PRATS

Este último se exilió voluntariamente en la Argentina a raíz del golpe de Estado. La Junta impidió que se transfiriese al extranjero su salario, y mantuvo como rehenes a todos los miembros de la familia, con excepción de su esposa. Amante de su independencia, Prats me confesaba que tenía que luchar solo. «En primer lugar —afirmaba—, para ganarme la vida trabajando en una empresa. No quiero verme maniatado, porque tal vez algún día pueda contribuir en cierto modo al bien de mi patria. Creo, sin que sea presunción por mi parte, que para continuar siéndole fiel al doctor Allende no debo seguir caminos prefijados».

Prats analizaba lúcidamente la nueva situación creada a las fuerzas armadas desde el 11 de septiembre de 1973. El pasado mes de junio declaraba: «El ejército de tierra lleva a cabo las tareas más sucias y represivas. La marina y la aviación no pueden dedicarse enteramente a la represión, porque tienen que ocuparse de los barcos y los aviones. De la función policiaca se ocupa el ejército de tierra. Esto es nuevo. Nunca antes había ocurrido tal cosa en nuestro país, excepto con carácter ocasional y efímero».

También en junio, Prats constataba que «la tropa y los suboficiales están muy cansados. Además, son gentes procedentes de los medios populares. Su contacto con las víctimas de la represión y con los que sufren las consecuencias de la política económica de la Junta los deja marcados. Hoy, en Chile, son los suboficiales los que tienen potencialmente más poder. Sin ellos, la Junta se derrumbaría». Ahora bien, Prats había conservado su popularidad entre los suboficiales, a los que había concedido particular atención durante los tres años que había pasado a la cabeza del ejército.

Prats conocía, por otro lado, todos los entresijos. «Existen grupos de oficiales y suboficiales tan locos que han llegado a proponer un ataque relámpago contra el Perú», me explicó. Ahí estriba, sin duda, una de las apuestas de la operación llevada a cabo contra el Chile de la Unidad Popular. Se trata de un conflicto en potencia que puede estallar tan pronto como Washington lo considere útil.

Las tensiones en el seno del ejército

Conocía igualmente las enormes tensiones que subyacían a la apa-

rente calma. Para el antiguo comandante en jefe, «las disputas tradicionales entre las tres armas son hoy más graves que nunca. Y se han agravado a partir del momento en que los carabineros, antes bajo la tutela del ministerio del Interior, pasaron a depender del ministerio de la Defensa. Pinochet encuentra la oposición del jefe de la fuerza aérea, Leigh, quien está apoyado por el almirante Merino».

Por último, me habló largamente de la democracia cristiana: «El sector de este país controlado por Frei —me explicó Prats— ha llegado a un acuerdo con Pinochet. Tal acuerdo podría traer consigo una cierta disminución de la represión y podría frenar al mismo tiempo la antipolítica económica de la Junta. Pero en realidad va contra los intereses del pueblo. Sería preferible que la extrema derecha se quemase sola y de forma definitiva. El intercambio de cartas ocurrido durante julio pasado entre el general Bonilla y el presidente del partido demócrata-cristiano, cartas en las que ambos se hacían reproches mutuos, no es más que una diversión publicitaria».

Unos días antes de su asesinato, Prats estaba persuadido de que «la Junta podría tal vez celebrar su segundo aniversario; pero no llegará al tercero». Sin embargo, el 24 de septiembre, es decir, una semana antes de su muerte, el general opinaba que la visita a Chile del ministro de Defensa argentino «podría tener consecuencias negativas» para nuestro país. ¿Fue él acaso la primera víctima?

Falta por dar a conocer la visión global del futuro de su país que tenía, poco antes de su muerte, el oficial general más representativo de un sector que, a pesar de todo, persiste en el seno de las fuerzas armadas. Esa visión explica, en mi opinión, la razón de la condena a muerte del general Prats. Esa visión es también un tema de meditación para los que, de un modo u otro, están hoy amenazados por los mismos intereses que hundieron a Chile en el drama actual. «Antes de 1973 —declaraba—, la vida democrática fue posible en virtud del equilibrio de fuerzas existentes en el país. Este equilibrio se ha roto definitivamente. La democracia futura no podrá ya fundarse en el equilibrio anterior. El papel de las fuerzas armadas en la nueva democracia no podrá ser el mismo de antes, basado en el "profesionalismo" y la abstención de la vida política». ■ J. E. G.



El Palacio de la Moneda, de Santiago, incendiado, en los primeros momentos del golpe militar de septiembre de 1973.

La caída de Miguel Enríquez

El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario) no fue un partido fácil para la Unidad Popular ni para el Presidente Allende. Partía de la clandestinidad armada, de una serie de acciones audaces durante el gobierno de la democracia cristiana (presidencia de Eduardo Frei) y su apoyo a Allende fue crítico y coyuntural: aceptaba como positiva la victoria de la izquierda unida, pero desconfiaba de que pudiera resistir las presiones de la derecha, y temía que hubiese que hacer para conseguir esa resistencia tantas concesiones a la derecha que se volvería inoperante. Sobre las posiciones del MIR en los años de Allende hay dos versiones: de la que el MIR le fue funesto, por su continuo impulso y su continua incitación revolucionaria, y la contraria, la de que si Allende hubiese seguido la política radical del MIR hubiese desarticulado la oposición, y por lo tanto impedido el golpe de la derecha.

En esos años de gobierno de izquierda, el MIR no cesó de prepararse para la clandestinidad armada. Profetizaba que la revolución no puede hacerse de una manera concluyente por las urnas y que un día u otro, por las urnas o por el golpe de Estado, el Gobierno de Unidad Popular caería. Esto sucedió, como se sabe, el 11 de septiembre de 1973; automáticamente, el MIR pasó a una clandestinidad para la que estaba preparado. Tenía refugios, tenía, al parecer, armas y planes bien trazados. Efectivamente, los dirigentes del MIR no cayeron en la represión, pero tampoco se habían ocultado en Embajadas ni habían huido al extranjero: estaban en el mismo Chile preparando la insurrección armada. Algunas acciones importantes han sido realizadas ya.

Pero el 5 de octubre, el MIR ha sufrido una grave pérdida: su secretario general, Miguel Enríquez, ha muerto en una emboscada. Sin duda, como consecuencia de una delación, la casa del barrio de San Miguel donde tenía su refugio, con algunos otros compañeros suyos —se habla de un sobrino de Allende, Andrés Pascual Allende, y de la hija del que fue rector de la Universidad Católica, Carmen Castillo Echevarría—, fue cercada, sus ocupantes se defendieron y Miguel Enríquez halló la muerte. Según portavoces de la Junta, se encontró en la casa un importante arsenal.

Miguel Enríquez era el número uno del MIR; parece ser que ahora le sucede su hermano, Edgardo Enríquez. Edgardo ha estado en Chile hasta ahora; ha salido clandestinamente y ha estado en Europa, para regresar por vías clandestinas también a Chile. En Europa ha dicho: "La muerte de nuestro secretario general no significa de ninguna manera la liquidación del MIR. El fusil que ha caído de las manos de Miguel lo ha tomado ya otro dirigente. El combate no cesará hasta el día en que hayamos colgado a Pinochet, alto y corto, sobre la Plaza de Armas de Santiago".

Miguel Enríquez, hijo de un médico que fue rector de la Universidad de Concepción y luego ministro de Educación con Allende, fundó el MIR como un movimiento estudiantil en 1965, mientras estudiaba Medicina (era especialista en neurología); el Movimiento pasó más tarde a tener otra amplitud, aunque nunca el número de afiliados fue grande: en 1973, al producirse el golpe de Estado, contaba con unos cien mil simpatizantes, pero se creía que en un momento dado podría movilizar grandes masas.

Desde su paso a la clandestinidad sus cuadros han sufrido grandes pérdidas. Dos meses después del golpe de Estado fue detenido Van Schowen, a quien se consideraba como el segundo de Miguel Enríquez (según se dice, ha sido torturado hasta el punto de quedar definitivamente inválido); en el mes de septiembre se realizaron también numerosos detenciones de militantes de base, y se cree que puede haber sido la delación de alguno de ellos o la confesión bajo tortura la que puede haber conducido al descubrimiento del refugio del barrio de San Miguel.